

Pero no obstante, quedaba todavía Roma por el papa y era preciso destruir su poder que constituía el principal obstáculo para la realización de los sueños del tirano Barbarroja.

A la muerte de Adriano IV, que ocupó la sede pontificia cinco años escasos, de los cuales tuvo que vivir refugiado en Orvieto la mayor parte, le sucedió en el solio Alejandro III (Lorenzo Baudinelli) «el nuevo defensor de la Iglesia y de Italia.» Su acrisolada virtud y las excepcionales condiciones de su carácter no lograron aplacar la ira de enemigos tan temibles como Enrique Plantagenet, rey de Inglaterra y el emperador Federico, que le persiguieron sin descanso, y de cuatro antipapas que tuvieron la osadía de excomulgarle haciéndole pasar por la más dolorosa de todas las pruebas. Voltaire en su *Ensayo sobre la historia general* se expresa de esta suerte al hablar de tan gran pontífice: «El hombre que en aquella grosera época, llamada la Edad Media, mereció más del género humano, fué quizás el papa Alejandro III; él fué quien en un concilio celebrado durante el siglo duodécimo abolió la servidumbre en cuanto le fué posible; él fué quien por su prudencia triunfó en Venecia de la violencia del emperador Barbarroja y obligó á Enrique II de Inglaterra á implorar el perdón de Dios y de los hombres por el asesinato de Tomás Becket; él quien resucitó los derechos de los pueblos, él quien reprimió los crímenes de los reyes.»

Comenzó Federico por anular la elección de Alejandro y nombrar en su lugar al anti-papa Pascual III; puso sitio á Roma, y habiendo triunfado las armas imperiales, vióse obligado el pontífice legítimo á evacuar la ciudad eterna y á huir disfrazado de peregrino á Gaeta, como primer refugio, dirigiéndose luego á Benevento. La Europa entera, y principalmente Italia, no salieron de su asombro ante tan escandaloso atropello cometido en la persona de uno de los más dignos sucesores del Príncipe de los apóstoles; la desgracia y el instinto de conservación unieron á las víctimas del furor de Barbarroja y se formó la célebre *Liga lombarda*, en la que entraron Pavia, Milán y Venecia, Guillermo el Bueno, rey de las Dos-Sicilias y el papa Alejandro. Los dos ejércitos halláronse al fin frente á frente en Legnano, y después de un combate por ambas partes sostenido con singular denuedo; fué derrotado el emperador el año de 1177. Pero no era este el único desastre que la suerte de las armas tenía reservado á Federico; su estrella estaba ya á punto de eclipsarse para siempre. La armada imperial, de 75 galeras, al mando de su hijo Otón, enviada con orden de atacar á los venecianos y de apoderarse de cuanto encontrara al paso, tuvo también la desgracia de ser batida y deshecha en las aguas de Istria, junto al cabo Salborno, por el dux Sebastián Ziani, hábil y experto marino, cuya flota no pasaba de 40 galeras, á la voz de ¡viva San Marcos!—que siempre fué el grito de guerra de los habitantes de las islas vénetas—quedando prisionero en esta memorable jornada el mismo Otón.

Avergonzado Barbarroja de la derrota que acababa de sufrir, y no menos con-

vencido de la inutilidad de sus esfuerzos, solicitó la paz por medio de embajadores, y admitidas sus proposiciones por Alejandro III, fué á Venecia, donde éste se hallaba; resuelto á arrojarse á los pies del papa.

Era una hermosa tarde del mes de Julio; el cielo purísimo de Italia ostentábase radiante y esplendoroso en toda la plenitud de su apacible serenidad; el sol caminaba hacia su ocaso; la brisa del Adriático, auxiliada por las saludables emanaciones del líquido elemento en que descansa Venecia, comenzaba á ejercer su influjo bienhechor permitiendo disfrutar de ese delicioso ambiente sólo respirable en la vecindad de los mares, cuando una inmensa muchedumbre, atraída por el amor filial á la Sede de Pedro, el odio á los emperadores de Alemania, tan común entre los italianos de aquel tiempo, ó la curiosidad simplemente, invadía y ocupaba en poco tiempo en toda su extensión el vasto cuadrilongo que forma la plaza de San Marcos, apiñándose á la entrada de la gran basílica, verdadero prodigio del arte bizantino. El vigía del *Campanile*, gallarda y esbelta aguja que se levanta erguida en un extremo de aquella plaza, dejaba oír de cuarto en cuarto de hora la señal acostumbrada para indicar que estaba alerta y una febril ansiedad se veía retratada en todos los semblantes á medida que el tiempo transcurría. Ya, por fin, la campana de San Marcos resonó atronadora en el espacio como en los días de la solemne proclamación de un nuevo dux; las puertas del templo giraron sobre sus goznes y apareció á la vista del pueblo veneciano precedido de los heraldos de la ciudad y del estandarte de la república, el Vicario de Jesucristo en la tierra con toda la majestad del Príncipe de los apóstoles, el pontífice reinante Alejandro III, aquel «cuyo valor en la tribulación excedió siempre á la grandeza de sus infortunios». Rodeábanle los cardenales de la Santa Iglesia Romana y altos dignatarios de la corte pontificia, el gran Consejo de Venecia y el magistrado supremo de la nación, el dux Sebastián Ziani, el vencedor de cabo Salborno, siendo saludados con vítores y aclamaciones entusiastas de la multitud.

Restablecida la calma, adelantóse el papa dando vista á la plaza desde la grada superior del templo para dar la bendición al pueblo, y hecho esto, continuó avanzando hacia el centro de la misma plaza con su numeroso acompañamiento, deteniéndose á alguna distancia de la puerta de la basílica, donde el Consejo le tenía preparado sobre ricos tapices de Persia un trono propio de la majestad pontificia.

Un rumor lejano y débil en un principio, como si fuese producido por extraña aparición en alguna de las próximas avenidas, fué tomando insensiblemente cuerpo y en la misma proporción que el rumor aumentaba, crecía también el desasosiego de aquella abigarrada muchedumbre asemejándose en sus continuos vaivenes á las encrespadas olas de un mar embravecido. Era que por entre las dos altísimas columnas de granito transportadas del archipiélago griego y erigidas pocos años antes de este suceso por el dux Mi-

chieli en medio de la *Piazzetta*, que sirve como de antesala á la gran explanada de San Marcos, se acercaba un grupo de contadas individualidades, resuelto á abrirse paso en aquella confusión de gentes, como si en él fuese el protagonista de la escena que debía verificarse dentro de algunos momentos. Cuatro germanos de elevada estatura y gentil continente, armados á la usanza de la época, rompían penosamente la marcha, y entre éstos distinguíase al sucesor de Conrado III, el que quiso anular el poder de Roma convencido de que el papa sería siempre un obstáculo para la realización de sus ambiciosos proyectos, el enemigo implacable de la Santa Sede que adjudicaba la tiara como si se tratara de un feudo del imperio, el orgulloso Barbarroja, cuya frente había herido por dos veces el rayo de la excomunión, pero no vestido de púrpura, ni ceñida la diadema, sino con el toscos sayal del penitente; no con la altivez del conquistador, sino con la humildad propia del hijo arrepentido. Cerraban el cortejo algunos de los más fieles servidores de Federico, conduciendo en una gran bandeja los atributos é insignias imperiales.

Atravesó con gran trabajo el humillado soberano la plaza de San Marcos siendo objeto de las investigadoras miradas de unos y de la conmiseración de otros, saliósele al encuentro los doce presbíteros asistentes, y cuando hubo llegado al sitio en que se hallaba el trono del pontífice, se arrojó contrito y lloroso á besar los pies de Alejandro jurando respetar en lo sucesivo los derechos de la Iglesia, defender el patrimonio de San Pedro y velar por la dignidad del imperio. «¿Queréis vivir en paz con la Iglesia?» le preguntó acto continuo el papa, y habiendo contestado sí por tres veces, díjole aquél: «Os doy la paz como la dió el Señor á sus discípulos», y le besó en la frente, en la barba y en ambas mejillas. «¿Queréis ser hijo sumiso de la Iglesia?» continuó interrogando Su Santidad, y después de otras tres contestaciones afirmativas de Federico, añadió: «Reciboos como tal hijo.» Incorporóse Barbarroja al escuchar estas palabras, que le aseguraban el olvido de todo lo pasado, para dar un beso en el pecho al papa, y postrándose por segunda vez de hinojos permaneció con la cabeza inclinada y los ojos fijos en el suelo mientras se cantaban los salmos penitenciales. El pontífice entretanto tocábale suavemente con una varita que recordaba la *vindicta* empleada por los pretores romanos en el acto de la manumisión de los esclavos, significando con esta ceremonia que recobraba la libertad cristiana el que había gemido hasta entonces en la más vergonzosa servidumbre, privado por la pena de todos los derechos espirituales; puesto de pie y con la cabeza descubierta recitó luego las preces acostumbradas, volvió á ceñirse la tiara, y sentándose en su trono declaró en alta voz el Pastor universal de las almas que con la autoridad de los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo y la suya propia absolvía de todas las censuras eclesiásticas en que había incurrido anteriormente á Federico I de Hoenstauffen, emperador de Alemania. Hecha esta declara-